



**EL
TIEMPO
QUE
QUERRÍA**

UNA NOVELA DE

FABIO VOLO

**EL
TIEMPO
QUE
QUERRÍA**

FABIO VOLO

Traducción de
César Palma

PLAZA  JANÉS

Título original: *Il tempo che vorrei*

Primera edición: marzo, 2011

© 2009, Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, César Palma Hunt, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33920-2

Depósito legal: B. 4674-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S.A.

Impreso y encuadernado en Cayfosa

Ctra. Caldes, km 3

08130 Sta. Perpètua de Mogoda

L 3 3 9 2 0 2

A mi hermana Cristina

Lo que me gusta de tu cuerpo es el sexo.
Lo que me gusta de tu sexo es la boca.
Lo que me gusta de tu boca es la lengua.
Lo que me gusta de tu lengua es la palabra.

JULIO CORTÁZAR

He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer. No he sido
feliz.

JORGE LUIS BORGES

Soy hijo de un padre que nunca nació. Lo sé porque he observado su vida. Desde que tengo memoria, no recuerdo haber visto jamás el placer en sus ojos: pocas satisfacciones, quizá ninguna alegría.

Eso me ha impedido disfrutar plenamente de mi propia vida. Pues, ¿cómo puede un hijo vivir su vida si el padre no ha vivido la suya? Aunque algunos lo consiguen, resulta siempre complicado. Es un taller de sentimientos de culpa que trabaja a todo ritmo.

Mi padre tiene sesenta y siete años, es delgado y canoso. Siempre ha sido un hombre lleno de fuerza, un trabajador. Ahora está harto, cansado, los años se le han echado encima. La vida lo ha defraudado. Tanto, que suele repetirse cuando habla de ella. Verlo así suscita en mí un fuerte sentimiento de protección. Me enternece, me apena, quisiera hacer algo por él, quisiera ayudarlo de algún modo. Y me siento mal porque tengo la sensación de no hacer nunca suficiente, de no ser nunca suficiente.

Con frecuencia, más en los últimos años, lo observo a hurtadillas. Lo miro atentamente y lo habitual es que me conmueva sin una razón aparente, como no sea por esa confusión interior que llevo toda la vida sintiendo y que me mantiene unido a él.

Hemos tenido una relación difícil y el nuestro es ese tipo de amor que solamente puede conocer quien ha tenido el valor de odiarse. Ese amor verdadero, conquistado, sudado, buscado, luchado.

Para aprender a quererlo he tenido que dar la vuelta al mundo. Pero lo cierto es que, cuanto más me alejaba, más próximo me sentía a él. El mundo es redondo.

Durante largo tiempo dejamos de hablarnos. Y no hablar con un padre significa tener rodillas frágiles, significa tener una repentina necesidad de sentarse un instante. No porque estés mareado, sino porque te duele el estómago. Mi padre ha sido siempre mi dolor de barriga. Por eso empecé a quererlo de verdad solo cuando fui capaz de vomitar toda mi rabia, mi odio y mi dolor, dado que muchas de esas sensaciones llevaban su nombre.

De pequeño quería jugar con él, pero su trabajo siempre me lo arrebatava. Lo recuerdo sobre todo en dos situaciones: preparándose para ir a trabajar o descansando extenuado por el trabajo. En cualquier caso, yo tenía que esperar: yo, para él, siempre llegaba después.

Mi padre se me ha escurrido siempre, y sigue pasando lo mismo. Antes me lo arrebatava el trabajo, ahora, poco a poco, me lo está arrebatando el tiempo, un adversario con el que no puedo medirme, con el que no puedo competir. Por ello, ahora, vivo la misma sensación de impotencia que experimentaba de niño.

Cada vez que lo veo, más en los últimos años, me doy cuenta de que está más viejo, y siento que lentamente, día tras día, se me va escapando de las manos. Y ya no me queda sino apretar con fuerza la punta de sus dedos.

Con treinta y siete años, mirando a este hombre que nunca nació, recuerdo la frase que Marlon Brando colgó en su cuarto: «No estás viviendo si no sabes que vives». Hoy me sigo preguntando qué puedo hacer por él. Aunque ahora lo veo frágil, indefenso, envejecido, aunque ya parezco más fuerte que él, la verdad es que sé que no es así. Sigue siendo más fuerte que yo. Siempre lo ha sido. Porque él solo necesita decir una palabra para hacerme daño. Incluso menos: una palabra no dicha, un silencio, una pausa. Una mirada hacia otro lado. Yo puedo estar chillando y enredando durante horas, pasar a las injurias, mientras que él

para fulminarme solo tiene que hacer una simple mueca, torcer levemente los labios.

Si en mi vida de adulto él ha sido mi dolor de barriga, de niño era mi tortícolis. Porque todo lo hacía con la cabeza vuelta hacia él, buscando una mirada, una palabra, una respuesta suyas. Pero me despachaba rápido: me revolvió un poco el pelo, me daba un pellizco en la mejilla, colocaba enseguida en el aparador el dibujo que le había hecho. No podía darme nada más porque mi padre no solamente no reparaba en mis dolores, mis necesidades y mis deseos, sino que tampoco reparaba en los suyos. Era ajeno a la expresión de los sentimientos, no los tenía en cuenta. Por eso digo que realmente nunca ha vivido. Porque se hizo a un lado.

Quizá a eso se deba que yo, tontamente, tampoco haya sabido verlo como una persona capaz de tener deseos, miedos, sueños. Es más, he crecido sin considerarlo una persona: era mi padre, sin más, como si una cosa excluyera la otra. Solo al hacerme mayor y al olvidarme momentáneamente de que era su hijo he conseguido descubrir cómo es en realidad, y lo he conocido. Ojalá de niño hubiera sido mayor para hablar con él de hombre a hombre, así tal vez habríamos podido hallar una solución a nuestros problemas, recorrer juntos un rumbo distinto. En cambio, ahora que he comprendido muchas cosas de él, tengo la sensación de haber llegado tarde. De tener poco tiempo.

En este momento, mientras lo observo, tengo la absoluta certeza de saber cosas de mi padre que ni él mismo sospecha. He aprendido a ver y comprender lo que oculta en su interior y que es incapaz de exteriorizar.

Durante años a este hombre le he reclamado amor de una forma equivocada. He buscado en él un imposible. No veía, no entendía, y ahora estoy un poco avergonzado. El amor que me daba estaba oculto en sus sacrificios, en las privaciones, en las infinitas horas de trabajo y en su elección de cargarse con todas las responsabilidades. Bien mirado, ni siquiera era una elección, qui-

zá aquella era la vida que todo el mundo había llevado antes que él. Mi padre es hijo de una generación que recibió enseñanzas claras y esenciales: casarse, tener hijos, trabajar por la familia. No había dudas que plantearse, únicamente papeles preestablecidos. Es como si se hubiera casado y hubiera tenido un hijo sin desearlo realmente. Soy hijo de un hombre que fue llamado a las armas por la vida, para luchar en una guerra privada: no para salvar un país sino para salvar a su familia. Una guerra librada no para ganarla, sino para cuadrar las cuentas, para sobrevivir. Para salir adelante.

Amo a mi padre. Lo amo con toda el alma. Amo a este hombre que nunca sabía mi edad cuando yo era niño.

Amo a este hombre que todavía hoy sigue siendo incapaz de abrazarme, que todavía hoy es incapaz de decirme: «Te quiero».

En eso somos iguales. He aprendido de él. Yo tampoco soy capaz de hacerlo.

La persiana siempre rota

Nací en una familia pobre. Si tuviera que resumir en pocas palabras qué significa para mí ser pobre, diría que es como vivir en un cuerpo sin brazos ante una mesa servida.

No conozco la pobreza que suele verse por televisión, la de gente que se muere de hambre y no tiene nada. Yo conozco la pobreza de quien posee algo, de quien tiene que comer y también un techo, un televisor, un coche. La pobreza de quien puede fingir que no lo es. Es una pobreza llena de objetos, pero también de plazos. En este tipo de pobreza eres afortunado y desafortunado al mismo tiempo: hay quien está mejor que tú y quien está peor. Eso sí, lo que no falta es vergüenza, ni culpa, ni continua castración. Tampoco angustia, ni la más absoluta inestabilidad: ni rabia contenida, ni tener que agachar siempre la cabeza. No eres tan pobre que no tengas con qué vestirte, pero la ropa que llevas suele dejarte al desnudo y revelar tu secreto. Un solo remiendo dice quién eres. Es una idea persistente que ocupa tu mente y que no deja margen para nada más, menos para ningún tipo de belleza, pues la belleza no es funcional, no es útil. Es un lujo que no te pertenece.

Con frecuencia vives una vida aparentemente normal a ojos de los demás, pero en realidad estás sometido a una ley diferente: la de la privación. Y poco a poco aprendes a mentir. Este tipo de pobreza es embuste. Engaños a veces grandes, a veces pequeños. Aprendes a decir que el teléfono de casa está averiado, cuando lo cierto es que te han cortado la línea; que no puedes sa-

lir a cenar porque tienes un compromiso; que has prestado el coche, cuando lo cierto es que no has pagado el seguro y no tienes dinero para echar gasolina.

Te conviertes en un experto en el arte de mentir y, sobre todo, en el de buscarte la vida: el arte de arreglar, remendar, pegar, clavar. Este tipo de pobreza es la persiana rota que mantienes subida con un trocito de cartón debajo de la cinta, persiana que cae de golpe cual guillotina a la primera que dicho cartón se suelta. Es el baldosín que falta en el cuarto de baño, es el agujero al pie del lavabo por el que se vislumbran las tuberías, es el pedazo de formica que se ha desprendido en un canto del aparador. Es el cajón que se te queda en la mano cuando lo abres. Es la puerta del armario que has de levantar para cerrarla. Son los enchufes que cuelgan porque se salen de la pared al quitar la clavija, y para meterlos tienes que colocar las dos alitas de hierro dentado. Es la tapicería que se levanta en los puntos de unión. Es la mancha de humedad en la cocina, con la pintura hinchándose como pasta leudada, y con esas nubecillas tan cautivadoras que has de luchar contra la tentación de coger una escalera y subir para reventarlas. Son las sillas que se despegan y en las que ya es peligroso sentarse.

Es una pobreza conformada por objetos pegados con cola y cinta adhesiva, que precisa de un cajón lleno de herramientas para arreglar una realidad que se desmorona por todas partes. Todo es inestable, todo es provisional, todo es frágil, a la espera de momentos mejores. Sin embargo, luego resulta que esos objetos remendados duran toda la vida. Nada es más duradero que una cosa provisional.

La primera vez que oí decir a mi padre «soy un fracasado» no podía tener la más remota idea de lo que significaba. Era demasiado pequeño. Cuando lo dijo habían ido al bar unos tipos para llevarse cosas. Allí aprendí otra palabra: «embargar». A partir de entonces, cada vez que unos desconocidos entraban en el bar o en casa y se llevaban un objeto, yo ya no preguntaba. Porque, aun-

que no sabía, comprendía. Y yo, niño, aprendía. Por ejemplo, no sabía el motivo, pero sabía que por culpa de esas personas el coche de mi padre se registraba a nombre de mi abuelo, el padre de mi madre. Así se decía, «registrar»: no tenía la menor idea de lo que quería decir. No sabía nada, pero lo entendía todo.

Crecí viendo cómo mi padre se deslomaba en su afán de resolver las dificultades.

Tenía un bar y trabajaba siempre, incluso si no se encontraba bien. Hasta los domingos, cuando cerraba, se pasaba gran parte del día metido allí, recolocando, acomodando, limpiando, arreglando cosas.

Nunca he ido de vacaciones con mis padres. En verano me dejaban con mis abuelos maternos, que alquilaban una casa en la montaña.

El domingo, mi madre venía sola a verme y me traía saludos de mi padre. Ni siquiera tenemos una foto de los tres juntos en una localidad turística. No nos podíamos permitir irnos los tres de vacaciones. No había dinero.

El dinero... He visto a mi padre pedírselo prestado a todo el mundo. Familiares, amigos, vecinos de casa. Lo he visto humillarse y dejarse humillar. De niño, cuántas veces he ido a casa de sus amigos, gente que ni siquiera conocía, y he esperado en una cocina. A veces con la esposa, mientras él iba con el amigo a otra habitación a hacer «una cosa». La señora desconocida me preguntaba si quería algo y yo siempre decía que no. No hablaba mucho, siempre me sentía incómodo y todos me parecían gigantes. En el fondo, creo que era la misma sensación que experimentaba mi padre.

Le ha pedido dinero a todo el mundo, lo que se dice a todo el mundo. Incluso a mí, siendo yo niño. Un día vino a mi cuarto a verme porque tenía fiebre. Me encontraba mal, pero estaba feliz porque mi madre acababa de decirme que tenía fiebre debido a que me estaba haciendo mayor: en cuanto me pasara, sería más alto.

—¿Sabes, papá, que cuando me cure habré crecido? ¿Que seré tan alto como tú?

—Claro, incluso más alto que yo.

Antes de salir del cuarto cogió mi hucha, un hipopótamo rojo. Me dijo que ingresaría el dinero en el banco. Me convenció diciéndome que me devolvería más cuando se lo reclamara.

Con el tiempo pude averiguar qué pasaba realmente con mi hucha y me sentí traicionado, engañado. Enseguida aprendí a confiar poco en los adultos, por eso crecí con una fragilidad interior, forzada a enmascararse de fuerza. No tuve a mi lado una figura fuerte que me hiciese sentir seguro, que me hiciese sentir protegido. Muchas personas, al crecer, se dan cuenta de que el gigante que veían en el padre no era tan poderoso. Yo lo descubrí de niño. Como todo el mundo, a mí también me habría gustado considerar invencible a mi padre; sin embargo, esa idea me duró poco.

Mi padre trabajaba, trabajaba, trabajaba. Lo recuerdo cuando se quedaba dormido en la mesa mirando el informativo. La cabeza se le iba inclinando poco a poco, hasta que un golpe final, como un latigazo, lo despertaba. Miraba alrededor para situarse y para saber si mi madre y yo lo habíamos visto. Todo aquel repaso lo hacía moviendo la boca como si estuviese masticando. Como hacen las vacas. Yo lo observaba y veía, antes del latigazo, pequeños vencimientos de la cabeza y esperaba que llegase el fuerte. Y reía. Cuando advertía que lo estaba mirando y que me había dado cuenta de todo, me sonreía y me guiñaba un ojo. Yo me sentía feliz. Cada vez que me guiñaba el ojo, mejor cuando lo hacía sin que lo viera mi madre, yo me sentía muy cercano a él, su mayor cómplice: como si el guiño fuera solo nuestro, de hombres. Procuraba entonces guiñarle también un ojo, pero, como no me salía, cerraba los dos. O cerraba uno valiéndome del dedo. Siempre esperaba que fuese el principio de una nueva amistad entre nosotros, más íntima. Que hubiese por fin decidido jugar un poco más conmigo y llevarme siempre con él.

Estaba tan feliz que las piernas que colgaban de la silla empezaban a balancearse. Como si nadase en aquella sensación. Pero no, la complicidad no pasaba de ahí. Cuando terminaba de comer se levantaba para ir a despachar pequeños asuntos, o para regresar al trabajo. Yo era pequeño y no entendía, simplemente pensaba que no me quería, que no le apetecía estar conmigo.

Mis intentos por llamar su atención e inspirarle cariño fracasaban siempre. Con mi madre lo conseguía, con él no llegaba a nada. Cuando decía algo gracioso mi madre reía, me felicitaba, me abrazaba, y yo sentía que tenía un poder desmesurado: podía cambiarle el humor, podía hacerla reír. Con ella tenía superpoderes. Con mi padre, en cambio, no servían. No era capaz de cautivarlo.

Me acuerdo perfectamente de algunas cosas bonitas que hizo conmigo y por mí. Como de la vez que mi madre estuvo ingresada en el hospital para una pequeña operación y mi abuela vino a vivir con nosotros para ayudarnos. La abuela dormía en mi cuarto, mientras que yo estaba en la cama grande con él. En aquellos días, por la mañana, antes de ir al bar a trabajar, para desayunar me preparaba flan de vainilla. Hasta me acuerdo de cómo estaba puesta la mesa.

O de aquella noche de sábado en que fuimos a cenar a una pizzería él, mi madre y yo. Era la primera vez que salía a cenar con ellos.

—¿Y el lunes, cuando venga el cobrador del agua, qué hacemos? —preguntó mi madre.

—No lo sé, ya lo pensaré mañana —respondió él.

Mientras íbamos hacia la pizzería, mi padre me subió a hombros. Lo recuerdo todo como si fuera ayer. Primero sujetó mis manos entre las suyas, luego me agarró por los tobillos y yo puse las manos sobre su cabeza, cogiéndolo por el pelo. Aún puedo sentir su cuello entre las piernas. Estaba altísimo. Mi corazón nunca ha estado tan arriba. No sé qué le pasaba aquella noche, pero era un padre. Incluso me cortó la pizza. La única vez en

toda su vida. Estaba simpático, me reía las gracias. También mi madre reía. Aquella noche éramos una familia feliz. Él, sobre todo. Tal vez el hombre que vi esa noche sea mi verdadero padre. O, al menos, el que habría sido sin todos sus problemas.

Cuando volvíamos a casa en coche, yo de pie detrás de ellos, entre los dos asientos, pensaba que habría deseado que aquella noche no acabase nunca. Por eso dije:

—Cuando lleguemos a casa, ¿puedo quedarme un rato levantado con vosotros?

Pero resultó que me quedé dormido en el coche.

A la mañana siguiente nada había cambiado. Era domingo. Mi madre en la cocina, mi padre en el bar, colocando cosas.

—¿Esta noche volveremos a salir a comer pizza?

—No, esta noche nos quedamos en casa.

2

Ella

Ella se marchó hace dos años, o anoche, o quizá nunca, no lo sé. En el instante en que ya no tienes a tu lado a la persona con la que quisieras estar, su evocación penetra en tu cabeza en los momentos más inesperados. De repente eres asediado por recuerdos e imágenes. El asedio se produce cuando sientes que el presente atraviesa tu vida sin dignarse siquiera mirarte, y entonces concluyes que es mejor vivir en los rincones y los recovecos de los días del pasado que en cuanto estás viviendo. «*I'll trade all my tomorrows for a single yesterday...*»: cambiaría todos mis mañanas por un solo ayer, como canta Janis Joplin.

No tener ya a tu lado a la persona con la que quisieras estar significa estirar la mano de noche a oscuras para buscarla. Significa despertarse las primeras mañanas y, mirando el lado de su cama, frotarse los ojos esperando que no sea más que cansancio. Significa tener el quemador de la cocina manchado de café, porque ya no recuerdas haber puesto la cafetera al fuego. Significa echar dos veces sal en el agua para cocer la pasta. O no echarle ni pizca.

No tener ya a tu lado a la persona con quien quisieras estar significa rehacer: un montón de cosas, un montón de pensamientos. Significa limpiar, rascar, frotar, recoger, reordenar, tirar. Significa clavar clavos en la pared, en la madera, en la nada. Significa comprar cosas para llenar espacios vacíos. Significa volver hacia atrás cuando se lee un libro porque no retienes las palabras y, cuando te das cuenta, ya estás en un punto de la historia que

no entiendes. Significa volver hacia atrás también los DVD, apretar el botón de retroceso, porque no sabes qué ha pasado.

No tener ya a tu lado a la persona con la que quisieras estar significa, sencillamente, volver hacia atrás. Miras hacia atrás mucho más que hacia delante. Es un viaje que haces apoyado a la barandilla de popa, no de proa.

No tener ya a tu lado a la persona con la que quisieras estar significa no necesitar llamar del trabajo para decir que vas a llegar tarde. A nadie le interesa saberlo, nadie te está esperando. También significa que no podrás quejarte del día que has tenido cuando vuelvas a casa. Y eso no es poco.

Significa reparar en todos los cambios, hasta en los mínimos, en los prácticos, los que se producen sin una mujer en casa: la bolsa de la basura permanece varios días sin sacar, aunque la dejes en la puerta de entrada. El papel higiénico está en el suelo del baño o sobre el radiador, nunca en su sitio. Las sábanas no huelen como antes. Aún recuerdo a qué olían sus sábanas, una de las primeras noches que dormí en su casa. A mi casa ese olor llegó solo cuando se convirtió en casa de los dos. Ahora ha vuelto a ser mi casa y ella se ha llevado todos los buenos olores. Tampoco los silencios, desde que se ha ido, son los mismos. Eran frecuentes entre nosotros, pues una cosa buena de nuestra relación era que no nos sentíamos en la obligación de charlar con el otro. Con ella los silencios eran hermosos, rotundos, suaves y acogedores, mientras que ahora son incómodos, ásperos y largos. Y, si he de ser sincero, para mí son incluso muy ruidosos. No me gustan nada.

Antes de conocerla, tenía ciertas certezas sobre mí mismo. Ella trató de sacarme de mi error hasta que por fin, después de mucho tiempo, comprendí que llevaba razón. He tardado mucho, mejor dicho, muchísimo, y ella ya se había ido cuando salí de mi error.

La echo de menos. Nunca he amado a ninguna como la he amado a ella. Ahora que he comprendido tantas cosas y que

he cambiado, no puedo estar con ninguna otra. Ya no volveré a quedarme pillado: para hacerlo, necesitaría de mis antiguas certezas.

Pocas veces me he acostado con otras mujeres. Y, cuando lo he hecho, siempre ha sido con mujeres que se llevan su recuerdo. Con una de ellas incluso me pasó lo siguiente: cuando estábamos desnudos en la cama, advertí que el olor de su piel era diferente del que seguía enamorado y me sentí incómodo; me vestí, le pedí disculpas y me marché.

Hay relaciones que duran años, y en esos años uno puede enamorarse y desenamorarse. Hay quienes dejan de amarse, pero aun así siguen juntos. Otros deciden dejarse, pero para hacerlo necesitan tiempo. Antes tratan de averiguar si están realmente seguros, o si no es más que una crisis pasajera. Luego, si se convencen de que efectivamente se ha acabado, aun así tienen que encontrar la manera de resolverlo, dar con las palabras adecuadas para aplacar el dolor. Hay personas que pueden demorarse meses, cuando no años, en esto. Como también las hay que han perdido una vida sin dar ese paso. Son muchos los que no consiguen dejarse, sencillamente porque no saben adónde ir, o porque no soportan la idea de ser los responsables del dolor del otro. Un dolor intenso, que solo puede experimentar alguien con quien hemos vivido en intimidad. Se tiene la convicción de que un dolor repentino es excesivamente fuerte y de que hace más daño que un dolor más leve, pero infligido en dosis diarias.

Estas relaciones siguen adelante por mucho que quien va a ser abandonado ya lo sepa. Porque prefiere hacerse el tonto. Cuando ninguno de los dos es capaz de afrontar la situación, el mecanismo se traba. A ambos los supera su propia incapacidad y la del otro. Entonces, se toman un tiempo. Pierden tiempo. Agotan el tiempo.

Casi siempre, la persona que va a ser abandonada se vuelve más afectuosa, más amable, más condescendiente; no se da cuen-

ta de que de esta manera empeora la situación, pues toda persona muy condescendiente pierde atractivo. Cuanto más tiempo se deja pasar, más débil se vuelve la víctima.

Asimismo, hay quien deja correr el tiempo con la esperanza de que el otro dé un paso en falso, cometa un error, manifieste tan solo una pequeña debilidad para poder agarrarse a ella y aprovecharla como excusa para no sentirse un verdugo.

Y hay parejas que, aunque ya hayan dejado de amarse y se hagan la vida imposible, siguen siendo celosas. Y no se separan con el fin de impedir que otros se acerquen a su pareja.

Son tantos los motivos por los que se está con alguien. Cabe que en una relación de cinco años se esté enamorado y se ame solamente durante dos, tres o cuatro años. Por ello, la calidad de una relación no puede medirse por la duración. No importa el cuánto, sino el cómo. La relación con ella duró tres años, pero yo creía que la había amado durante más de cuatro. Pensaba que mi amor rebasaba el tiempo de nuestra relación. Estaba convencido, hasta hace poco tiempo, de que la había amado en silencio incluso en estos dos años en los que no había estado conmigo. Hasta que comprendí que no la amaba, sencillamente porque no era capaz de hacerlo. Porque siempre he sido una persona distante. Jamás he experimentado realmente el amor, no hacía más que identificarme con las emociones ajenas, a la manera de un actor con su personaje. Siempre he llorado en el cine, o viendo a un perro cojo, o por un luto, o por las tragedias escuchadas en los informativos. Puede que sea típico de quien no sabe amar de verdad.

Lo cierto es que mi amor era una interpretación. Sentida, pero, en cualquier caso, una interpretación. Y ni siquiera era consciente de ello. No fingía amar con el propósito de engañar. No le dije «te amo» a sabiendas de que no era verdad. Yo me traicionaba a mí mismo, yo creía que la amaba realmente. Y, en los tres años que estuvimos juntos, llegué a creer que me había enamorado de ella al menos dos o tres veces.

Tales eran mis certezas equivocadas, las que ella me enseñó a descubrir y a ver. Porque tenía razón cuando decía que yo no sabía amar. Que no era capaz de hacerlo. Que confundía el amor con la adaptación.

—Es tu mayor expresión de amor. De hecho, confundes estas dos cosas. Cuando te adaptas, crees que estás amando.

Debía tener mucho cuidado con ella, porque reparaba en todo cuanto pensaba y hacía. Hay mujeres a las que les puedes mentir: dices cosas exageradas, absurdas, que hasta suenan ridículas, y, sin embargo, notas que te creen. Con ella, no. Si contaba algo falso, aunque plausible, ponía una expresión con la que me venía a decir: «Anda, ¿sabes con quién estás hablando?», o simplemente se reía en mi cara.

Cuando me advertía que estaba confundiendo el amor con la adaptación, yo pensaba que estaba siendo injusta conmigo, que era un reproche fruto de una riña. Sin embargo, tenía razón.

Ella me reclamaba algo que yo no estaba en condiciones de ofrecerle, pero además no alcanzaba a comprender de qué se trataba. Por si eso no bastara, yo creía que eran inseguridades suyas, paranoias. En efecto, yo pensaba entonces en estos términos: «No soy celoso, nunca le pido que haga nada que no quiera, prácticamente nunca me enfado, la dejo en completa libertad, cuando sale ni siquiera le pregunto adónde va, ¿qué más puedo hacer?».

No entendía lo que pretendía de mí. Hasta que pude averiguarlo. He tardado un poco, pero lo he conseguido. La consecuencia lamentable de mi lentitud es que en la cama, últimamente, tengo los pies fríos.

Ahora he cambiado y, por tal motivo, desde hace casi un mes he empezado a buscarla. A llamarla por teléfono. Como hoy:

—Hola, soy yo.

—Lo sé. Solo te he respondido para decirte que no me llames más.

—Pero...

Clic.

Ya sé que la amo y que estoy dispuesto a volver con ella. A darle todo lo que quiere. Justo por eso me quedé de piedra cuando Nicola, hace unos días, hablando de ella, me dio la noticia.